

DISCURSO

LEÍDO EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL

DR. D. CLEMENTE CORTEJÓN, Pbro.

el día 16 de Abril de 1899



BARCELONA

HIJOS DE JAIME JEPÚS, IMPRESORES

CALLE DEL NOTARIADO, 9.—TELÉFONO 151

1899

DISCURSO

LEÍDO EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL

DR. D. CLEMENTE CORTEJÓN, Pbro.

el día 16 de Abril de 1899



BARCELONA
HIJOS DE JAIME JEPÚS, IMPRESORES
CALLE DEL NOTARIADO, 9.—TELÉFONO 151
1899

HOMENAJE

MÁS QUE DE PROFUNDO RESPETO, DE ADMIRACIÓN
Y HASTA DE ENTUSIASMO,
Á LOS AMANTES, NO PLATÓNICOS, QUE EN TIERRA CATALANA
HA TENIDO LA LENGUA QUE POR ANTONOMASIA
LLAMAMOS DE

CERVANTES



SEÑORES:

LLÁMASE advenedizo en lengua castellana al que viniendo de fuera se establece en algún país ó pueblo sin empleo ú oficio. Y, ¿qué soy yo, metafóricamente hablando, sino un *advenedizo* de la lengua, de la literatura, de la tradición, de la historia en Cataluña? No hay pára qué ocultarlo, aunque la voluntad y empeño que habéis mostrado en librarme de tacha tan notoria, nazcan de generoso á par que nobilísimo propósito, ¿qué empleo ú oficio queréis darme dentro de la Corporación que yo acierte á desempeñar, ya que no con lucimiento, con mediano provecho para la cultura de esta región española? Cierto, á la indulgencia que conmigo habéis usado no se corresponde en manera alguna con palabras de gratitud, por sinceras que fueren, y más aún si ha de evitarse, como parece justo, que os motejen, por lo inmerecidas, de pródigos en distinciones. ¿Cómo, pues, resolver el conflicto en que vuestra elección me ha colocado? No encuentro otra solución que

la de consagrar este discurso á *rendir homenaje, más que de profundo respeto, de admiración y hasta de entusiasmo, á los amantes, no platónicos, que en tierra catalana ha tenido la lengua que por antonomasia llamamos de Cervantes.*

Mas como no sea dado recorrer el amplio círculo en que se movían cuantos catalanes han escrito gallardamente en el idioma de Castilla, porque tal intento, de puro ambicioso, no cabe en los estrechos moldes de trabajo como el que comienza á fatigar vuestra atención; he de ceñirme al punto arriba indicado. Cualquier otro propósito pareceríase á la empresa de Sísifo con la roca mil veces empujada hacia la cumbre y otras mil caída sin tocar en élla.

Pero tampoco fuera bien en la ocasión presente que, desentendiéndome del fervoroso culto á otros buenos hablitas, dejara en olvido el nombre de uno que, con ser catalán, entró en noble competencia con celebrados ingenios de la coronada villa, al insigne autor de los *Primores del don Quijote* y de las *Cartas sobre Pompei*, (1) á D. Emilio Pi y Molist, de quien gozo en decir muy alto que ocupa en mi memoria el lugar en que guardo la de seres queridos, cuyos ejemplos me alientan, la de aquellos que me hicieron gran merced con sus provechosas pláticas.

Celoso del principio de autoridad, no se la regateaba en modo alguno á la Corporación, me abstengo de poner epítetos, que llamamos *Academia de la lengua*. Su Gramática era para él un código; el Diccionario, novísima manifestación de los tesoros del idioma. A éste, más bien que á la primera, que se sabía de coro, iba una y otra vez, y no le dijerais que perdía en espontaneidad lo que ganaba en esmero, pues al punto os salía al atajo con la amarga, y para nuestro compañero muy fundada, censura de Fr. Luis de León cuando escribió: «piensan muchos que hablar en

romance es hablar como habla el vulgo, y no conocen, que *el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio. Y negocio, que de las palabras, que todos hablan, elige las que convienen, y mira el sonido de ellas, y aun cuenta á veces las letras, y las pesa y las mide, y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con armonía y dulzura.*

Si el autor de los «Nombres de Cristo» exigió tan cuidadoso esmero ¿se admirarán Vds., solía decir con donaire, si padezco de escrúpulos, si miro y remiro cuanto he de escribir? No serán mis libros, añadía, lo confieso, labor de filigrana; no ofrecerán ciertamente la facilidad y lozanía que deseo; pero me halaga, con todo y ser una lisonja, la carta de Menéndez y Pelayo, publicada en el «Diario de Barcelona» en la que sin duda, para animarme, afirma ser tal la belleza de lenguaje, tan elegante el estilo, que hace dudar si el libro los *Primores del don Quijote* está compuesto por un catalán que jamás pisó las calles de Madrid.

Ya sabéis lo que sobre el lenguaje de mi cariñoso amigo ha escrito, con la autoridad que me complazco en reconocer, vuestro Presidente honorario, el Excmo. Sr. Don Joaquín Rubió y Ors, á ella me acojo, y hago más tan hermosas palabras.

Siendo, ya que no imposible, harto difícil, trasladar á otra lengua, el nervio, gala y energía del original, no he de presentar como ejemplo á los naturales de este país que vertieron al castellano así los modelos de la antigüedad clásica como los de las modernas literaturas, porque imitación de ajenos pensamientos, el mérito de sus versiones, si lo tienen, ha de concederse por entero al primitivo dechado. (2) Pero como toda regla, para que no se envanezca de absoluta, padece por lo menos alguna excepción,

os holgaréis no poco, éntre en este número un ilustre barcelonés, Juan Boscán.

Garci-Lasso, consumado maestro en el habla, pues, su lengua, como dice un crítico *«la escogerán las Musas todas las veces que hubieren de hablar castellano»*; Garcí-Lasso, á quien ensalzan por la encantadora sencillez y pureza de lenguaje, el divino Herrera y aquel atildadísimo Francisco de Medina; Garcí-Lasso, ensalzando la traducción que del *Cortesano* hizo vuestro compatriota Boscán, escribe estas memorables palabras: «... siendo á mi parecer tan dificultoso traducir bien un libro como hacelle de nuevo, dióse Boscán en esto tan buena maña, que cada vez que me pongo á leer este libro, me parece que no le hay escrito en otra lengua. Y si alguna vez se me acuerda del que he visto y leído, luego el pensamiento se me vuelve al que tengo entre las manos. Guardó una cosa en la lengua castellana que muy pocos la han alcanzado, que fué huir de la afectación sin dar consigo en ninguna sequedad, y con gran limpieza de estilo usó de términos muy cortesanos, y no nuevos ni al parecer desusados de la gente. Fué, demás desto, muy fiel traductor, porque no se ató al rigor de la letra, como hacen algunos, sino á la verdad de las sentencias, y por diferentes caminos puso en esta lengua toda la fuerza y ornamento de la otra, y así lo dejó todo tan en su punto como lo halló... Y porque hube miedo que alguno quisiese traducir este libro, ó por mejor decir, dañalle, trabajé con Boscán que sin esperar otra cosa hiciese luego imprimille por atajar la presteza que los que escriben mal alguna cosa suelen tener en publicalla... y él me hizo estar presente á la postrera lima, más como á hombre acogido á razón que como á ayudador de ninguna enmienda.»

A encomio tan grande como merecido, el comentario

más elocuente es no añadir nada que borre la dulce impresión que deja en el ánimo la lectura de esta carta del cantor «*A la flor de Gnido.*»

Para que no haya asomo de duda ó desconfianza de superchería, renunció á recorrer las preciosas páginas del «*Catalogue des Manuscrits espagnols*», existentes en la Biblioteca de París, publicado por Morel Fatio. Como obras inéditas, fáltales la autenticidad de la imprenta, y por tanto, aunque haya tal cual trabajo que cuadre á mi asunto, juzgo más desapasionado pasar en silencio lo que, por no ser enteramente del dominio de todos, queda reservado para muy pocos disfrutar de tan rico tesoro.

El latín, principio y fundamento de toda clásica educación, fué la lengua del pueblo, que, señor de casi todo el mundo civilizado, dejó en la legislación, en las ciencias, en las letras, en todos los ramos del saber, el testimonio de su propia grandeza. Su lengua, clave filológica de los idiomas neo-latinos, no ha de tenerse, pues, como el idioma de un pueblo, antes bien como el de una raza. A ella pertenecen gran parte de las nacionalidades que surgieron al fenecer el Imperio, cuyos hechos llenan tantas y tales páginas de la historia universal. De allí arranca la nuestra, de allí, por más que otras fuentes hayan contribuido también á aumentar su caudal, nace el idioma español. Desde las primeras ráfagas del *romance*, que se vislumbran ya en los escritos latinos del siglo x, hasta el magnífico apogeo de la literatura patria, hállase en todo, así en los vocablos como en las frases, la influencia evidente, pudiera llamarla, decisiva, del latín.

Aunque se admitiera la afirmación de D. Francisco Canalejas, que: «la lengua latina es la madre del idioma nacional y el sánscrito el padre», no por eso quedaría desmentido que de la lengua del Lacio tuvo origen el *roman-*

ce general del que, como de un gran lago, para usar la comparación de uno de vuestros escritores (*), salieron el lemosín, el toscano, el catalán y el castellano; cuyas aguas, á los principios comunes á todos, mudaron más ó menos de sabor y color según la diversa calidad de las tierras por donde cada uno pasaba, y de los arroyos vecinos que en su curso recibía.

Cierto, el italiano, el francés, el catalán, el castellano, fueron en su origen un mismo dialecto, pero de riquísima complejidad interior, meciéronse en una misma cuna. Yo me imagino que en los primeros años, en edad muy tierna, cuando niñas, andaban estas lenguas, acaso por temor á la ajena desenvoltura, asidas de las manos unas á otras, tomándose juramento de perdurable paz y de amor. En prenda de paternal cariño, una era su etimología, casi uno el significado, muy semejante la estructura de las conjunciones transitivas, en la índole de la frase echábase de ver muy limitada diferencia, el parentesco apenas si consentía la aparición de singulares y pintorescos idiotismos. En verdad, ni aún el tiempo logró que se turbara por entonces la armonía en que veían deslizarse los días de su infancia; pero más tarde, llegadas á la pubertad, una madre de corazón insensible, la dura necesidad, encerró entre los Pirineos y los Alpes á la lengua francesa, no sin reprenderla por su carácter un si es ó no tocado de sequedad y aspereza; á la italiana, en pago de su melodía, le dejó holgarse por las hermosas campiñas y á la vista del espléndido cielo que cobija á la península de los Apeninos; mientras que á la catalana, enérgica y de puras costumbres, le dió libertad para extenderse hasta donde la de Castilla, de habla dulce y sonora, había sentado sus reales á fin de comunicarse con

(*) Capmany.

gentes de clima más ardiente é imaginación fecundísima, de donde le vino la redondez, número y flexibilidad que enamora á sus admiradores, de los que con ser muchos cuantos ponderan su fluidez y armonía, sólo me place citar, para que únicamente suenen aquí escritores catalanes, á vuestro compatriota D. Sinibaldo de Mas, cuyo libro intitulado «*Sistema musical de la lengua castellana*» (3) es, salvo el empeño de sacar triunfante la teoría de sílabas largas y breves al modo latino, un prodigio de paciencia benedictina, de habilidad, de ingenio, para decirlo con una sola palabra.

No se rompió del todo con esta separación el dulce lazo que las unía. A ellas, pues, les cuadran los tan sabidos como admirables versos:

..... facies non omnibus una
Nec diversa tamen, qualem decet esse sorurum

¿Cómo ha de maravillár, siendo tan notoria su hermandad y semejanza, que muchos de vuestros padres (con pena omitiré á los que viven aún), sin abandonar el culto que en las relaciones ordinarias de la vida, señaladamente en el santuario del hogar, consagraban á la lengua catalana, á la lengua que aprendieron en el regazo materno, cómo ha de maravillár, repito, hicieran á la vez público testimonio de su devoción al idioma que para hablar con Dios y de Dios empleaba Santa Teresa de Jesús, maestra en bien-decir?

Únicamente á los de mezquino corazón, á los poco versados en este linaje de estudios, podrá sorprender, que los del lado de allá del Ebro seamos deudores á los catalanes de cuanto aquí se ha trabajado, de cuantos estudios se han hecho, sobre la lengua que llevó la civilización á las primeras tierras que el arroyo de Castilla, y

la cooperación de Cataluña, lograron descubrir, y que hoy nos han sido arrebatadas.

Por ventura, ¿no fué un ilustre Obispo catalán, D. José Climent, (4) el que en 1780, rogó con el mayor encarecimiento á un individuo de esta docta Corporación escribiese una Gramática castellana? Y un siglo antes (1672) ¿no fué el encendido amor al idioma nacional el que llevó hasta el otro lado de la realidad histórica al insigne Pellicer de Osau y Tovar, cuando, con menos fortuna que buen deseo, defendía con laudable ingenuidad ser la castellana una de las setenta y dos lenguas que tuvieron origen en la Torre de Babel?

Si no temiera fatigaros con el recuento de las Gramáticas castellanas que vieron aquí la luz pública, ya que no el número exacto, os demostraría que fueron más de lo que algunos pudieran sospechar. La condición de permanecer inéditos no consiente mencionar los preciosos materiales que reunió el insigne Bastero, citado por Guillermo Schlegel como el más entendido filólogo que hubo hasta entonces: sus estudios lingüísticos, añade, habrían causado una verdadera revolución si se hubiesen publicado.

¿Cuántas gramáticas corrían de molde en el centro de España cuando D. Antonio Lacavallería y D. Pablo Ballot estamparon aquí las suyas?

Si por ser muchos, y de gran valía, los americanos que se han consagrado á investigar los fundamentos de la Gramática castellana, esta ha hecho más de una vez público testimonio de la deuda de gratitud que con tan eximios escritores tiene contraída. ¿Por qué no se me ha de consentir rinda homenaje de respeto así á los humildes catalanes que en 1850, 1859, 1863 y 1871 publicaron respectivamente los libros intitulados: *Compendio de sintaxis castellana*, *Elementos de Gramática*, *Compendio de*

Gramática española y *Gramática de la lengua castellana*, como á los que poniendo la mira más alta ahondaron en este linaje de enseñanza? Qué, ¿no dicen nada en favor de mi tesis las *Cuestiones gramaticales*, una *Gramática razonada*, otra con sentido eminentemente *práctico* y alguna con tendencia *histórica*, aunque no tan acentuada como apetece un crítico laureado por la Real Academia Española? (5)

El Conde de la Viñaza, hablando de tal materia, concluye con estas frases, que á nadie han de parecer sospechosas: La Gramática castellana del P. Jaime Nonell es una de las mejores que se han escrito en estos últimos años. Lo más nuevo de ella es la sintaxis en la que su autor ha puesto singular empeño, reduciendo á determinados grupos las palabras que por convenir en la significación de una idea más ó menos universal, están sujetas á unas mismas leyes, las que se formulan y confirman aquí con numerosos ejemplos sacados de autores clásicos; con lo cual se consigue que el lector quede seguro de la exactitud y verdad del precepto enunciado y aprenda en medio de la variedad inmensa de giros la práctica acertada de los mismos.

Cual sea la causa de que los catalanes pequen menos contra la ortografía que los nacidos en otras regiones no acertaré yo á explicarlo; pero sí afirmo se puso, y se pone, singular cuidado en su enseñanza. Hablen por mí el Padre capuchino Fray Luís de Olod con su *Tratado del origen y arte de escribir bien* (1768); Ballester con su *Compendio de Ortografía* (1826); Barrera *Tratado de Ortografía* (1841); Cubí y Soler con su *Breve historia para hacer fonética-ortológica y filosófica la Ortografía castellana*. Los *Estudios ortográficos-prosódicos*, de Monroy (1865). A ellos podéis unir los numerosos trabajos

que sobre esta parte de la Gramática se han escrito últimamente, y que por lo conocidos, no he de citar ahora.

Aunque menos, también la Prosodia tuvo y tiene sus adeptos: Terrades, Comellas, Carnicer y el autor de las *Reglas para la acentuación castellana*, oculto bajo el pseudónimo de P. Juan Nepomuceno Lobo, que con tanta originalidad ha discurrido sobre este punto de la Gramática, ciertamente poco perfeccionado, son autoridades, entre otras, que confirman la verdad de mi aserto.

La mayor y más necesaria entre todas las obras de filología, el Diccionario, mereció desde el comienzo en Cataluña la atención del estudioso amador del idioma. El de Nebrija, el *primer Diccionario de la lengua castellana*, se reimprimó en Barcelona (1560) con correspondencias catalanas y otras varias. A esta, y nuevas ediciones del nebrisense, siguió el *Promptuario trilingüe en los idiomas Catalán, Castellano y Francés, á fin de que los poco instruidos en algunos de los dos primeros entren con menos dificultad á la inteligencia del tercero*. (6)

El «*Diccionario catalán-castellano-latino*», por Don Joaquín Esteve y D. Joseph Belvitges (1803); el *de todas las voces poéticas*, impreso en casa de Brusi; el de J. M. P. y M. M. dado á luz en 1839 con la denominación: «*Diccionario castellano-catalán y catalán-castellano*»; el que, con pretensiones de completar al de la Academia, apareció en 1842; las varias ediciones que hizo Saura de su «*Vocabulario de las lenguas castellana-catalana*»; el que para los rimadores escribió Landa, junto con el novísimo *Diccionario popular* y el que bajo el nombre de *enciclopédico* se ha hecho tan conocido, así por el lujo de la edición como por lo copioso del texto, prueban, áun concediendo que el deseo del lucro más que el amor á la

lengua, pudiera mover á alguno de estos escritores, el hecho, fuerza es consignarlo, de que siempre hubo aquí quienes leían y siguen estudiando cuidadosamente obras de este linaje; y no olvidéis que faltan muchas, para ser completa, á la precedente lista, pongamós por caso: el *Diccionario de Labernia*, que por sí sólo constituye una empresa laudable y digna de crédito, obra que seguiremos consultando con provecho, mientras la moderna filología, no poco descontentadiza, pruebe con el ejemplo, así lo espero, que, nuevas fuentes de investigación, permiten á fin de siglo dar un paso más en trabajo por extremo meritísimo.

De industria, con deliberado propósito, he dejado de hablaros hasta ahora de otro, modestísimo en apariencia, pero de gran doctrina para los amantes del saber, tal es el ensayo de un *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, compuesto por D. Pedro Felipe Monlau. Si á esto juntáis el *Vocabulario gramatical* de la ya tantas veces aquí repetida lengua, libro que suple el defecto de encopetadas gramáticas, y en el que, á más de muy ingeniosas observaciones se establecen principios de gramática histórica, tendréis, áun prescindiendo del estudio que sobre el *arcaísmo* y el *neologismo* hizo el mismo autor, tendréis, repito, otra prueba harto concluyente de la gratitud á que nos obligan los distinguidos catalanes que con tanto afán cultivaron y siguen cultivando, un idioma que no es el que comenzaron á balbucear, ni con el que ciertamente se despiden de sus deudos y amigos cuando llega el triste momento de la última y perdurable separación.

Si apartando la vista de los Diccionarios, la dirigimos á punto más limitado y circunscrito, al que no concurren en verdad sino los que guiados por el amor buscan en todo la gentileza de su dama, también encontraremos á no po-

cos compatricos vuestros que, saliendo á la defensa de la lengua no aprendida en el regazo de sus madres procuraron sacarla, como los príncipes griegos á Elena, del poder de los bárbaros.

Aunque no merezcan distinción como esta, pues nunca la ambicionaron, los beneméritos de la Lengua; con todo, antes de hablar de aquéllos, importa decir: quién juntó en 1815 gran copia de *refranes castellanos*; el que semi-oculto, bajo las iniciales J. M. y M. B., dió á la estampa en 1841 una «*Colección de refranes y locuciones familiares de la lengua castellana con su correspondencia latina*»; esotro, Jaime Bajault, que en el 48 publicó los «*Proverbios agrícolas*» más conocidos en Castilla; Don Pedro Massiá con su «*Colección de modismos, locuciones y frases de la lengua castellana*» (1878); el que intituló su tan útil librito «*Cizaña del lenguaje*», lo mismo que D. J. March con los «*Sinónimos de la lengua castellana*», D. Florencio Janer con el «*Glosario de voces arcáicas*», el ilustre canónigo D. José Miralles con su folleto «*Curiosidades lexicográficas*», y el que en-carán-dose con sus compatricos ha puesto de manifiesto, en un curioso trabajo los «*Numerosos disparates que se cometen por traducir al pie de la letra ciertas voces, locuciones y frases del lenguaje catalán, que no congenian con el castellano*»; todos estos y muchos más de que no se hace mención, achacadlo á mi poca diligencia, aunque modestísimos ciudadanos de la república de las letras, pues, ya lo he dicho, no aspiran á competir con los príncipes, se han hecho acreedores á figurar entre los devotos que en tierra catalana tuvo y tiene aún el idioma en estos apuntes, no ha de ser otro su nombre, tantas veces citado, y que hoy por boca de uno que viviendo entre vosotros como en patria adoptiva, viene á este sitio para dar mues-

tras de agradecimiento á los cultivadores de tan preciosa habla.

Vuestros enemigos; ¡quién no los tiene! los que por amor á la querella se complacen en ir sembrando recelos allí por donde pasan, no encontrando fundamento para motejaros, se complacen en decir que no habéis tenido nada más que un Boscán, es decir, un idólatra de la lengua que con posterioridad á él recibió el nuevo y muy honroso de lengua de Cervantes.

Aun llevada la galantería, mejor dicho, la injusticia, de no reputar como amigos de esta lengua á los ilustres catalanes, cuyos nombres nunca se citarán con el merecido elogio cuando se trate de los méritos que con el idioma contrajeron; aun haciendo tabla rasa de tan excelentes trabajos, que sería la más negra de las ingratitudes, puédesse responder á vuestros detractores, que no pocos castellanos, antes bien muchos, hemos aprendido acaso lo mejor que sabemos y se nos alcanza sobre este punto en las obras de tres catalanes que serán los últimos de que os hable: en las admirables obras, repito, de D. Antonio Puigblanch, D. José Coll y Vehí y D. Antonio Capmany, á quien se le coloca al fin para que cierre la gloriosa historia que si resulta menos simpática debéis achacarlo á la torpeza del que como yo, sin autoridad para ello, se ha lanzado á escribirla.

Virtud óptima de la elocución, cualidad soberana que resplandece y campea sobre todas las otras por ser cosa muy substancial y muy alta, la *propiedad*, el acierto de escoger entre dos ó más palabras, es negocio por demás difícil.

Aunque la propiedad de los vocablos sea tal cual vez caso de inspiración y numèn; sin embargo, en la mayoría de las ocasiones débese al estudio y larga meditación, por

eso no es extraño topár á menudo con quienes, por quedarse siempre un escalón más arriba ó más abajo de la exactitud, si me permitís comparación tan baja, adolecen perpetuamente de incorrección. Materia muy sutil y dificultosa, por lo abstracta, y en la que todos pecamos, unos más, otros menos, nunca ha sido tratada con propósito deliberado en ningún libro de cuantos sobre el idioma corren de molde. Con todo, vosotros los catalanes, podeis enorgulleceros de que en los *Opúsculos gramático-satíricos* (8) se halla lo más selecto de lo que al asunto se refiere. No constituyen los *Opúsculos* un libro para romper á hablar y escribir en castellano; sino un trabajo lleno de profundas y atinadas observaciones. Cabe se pongan reparos á la obra de tan malhumorado escritor, pero siempre será fuerza confesemos, que en lo porvenir, no lograrán derribarla, ni aun oscurecerla, los que con igual tendencia filológica quisieren aventajarle.

Si el que tan gallardamente defendió á la lengua de los entuertos que otros, menos celosos, hicieron no merece el justo galardón de buen hablista, no acierto á deciros á quienes deba otorgarse. De mí sé decir que con la lectura de esta obra he aprendido más que en las cátedras y en los discursos de muchos que alardean de puristas.

¡Lástima que denostara por igual, este valiente escritor, á los transgresores de las reglas gramaticales, y á los ministros del Señor!

Correspondiente de la Real Academia Española é insigne predecesor mío en la cátedra, D. José Coll y Vehí ha de estimarse como uno de los entusiastas adoradores que ha tenido la lengua castellana; si no lo publicara muy alto su Retórica, la mejor de cuantas á la antigua se habían escrito, nos lo dirían los estudios hechos sobre esta materia en la *Revista popular*; bastando también,

y con mayor fundamento, para acreditar su amor á las bellezas del idioma, aquel otro trabajo, complemento del anterior, y al que puso por título: «*Los refranes del Quijote ordenados por materias y glosados*», por D. José Coll y Vehí (1874) (9). Español rancio y neto comprendió bien pronto que los refranes, alma del pueblo, imprimen sello de españolismo á nuestras producciones literarias, y por modo especial á la novela que ciñe, como si dijéramos aureola de inmortalidad, ya que en parte el señalado mérito de la fábula cervantesca se cifra en la hermosura con que relucen aquéllos. Dióse, pues, el que fué honra y blasón del Instituto, más que á codiciar los bienes ajenos, más que á la servil imitación y remedo de obras francesas, dióse, repito, á coleccionar lo que, sin ser patrimonio exclusivo de los españoles, constituye nuestra más preciada herencia.

Aquel Sancho, «cuya personilla, como decía su amo, no es otra cosa que un costal de refranes y de malicias; (a), hasta el punto de que Alonso Quesada ó Quijano, el Bueno, hubo de decirle: «estos refranes te han de llevar un día á la horea; por ellos te han de quitar tu gobierno tus vasallos, ó ha de haber entre ellos comunidades, (b), pues, si no parece mal un refrán traído á propósito; cargar y ensartar refranes á troche y moche hace la plática desmayada y baja», (c) «porque traídos por los cabellos más parecen disparates que sentencias»; (d) con todo eso, aquel D. Quijote los tenía en tal aprecio que envidiaba la facilidad con que le salían al paso á su escudero: «dime Sancho, dónde los hallas, ignorante, ó como los aplicas, mentecato, que para decir yo uno y aplicarlo bien sudo y trasudo como si cavase»; (e) yo no puedo creer sino que todos los de este linaje de Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo» (f) aquella Duquesa

que encarecía el mérito de los refranes de Sancho, pues «con ser más que los del Comendador griego, no por eso son menos de estimar por la brevedad de las sentencias», (g) aquellos otros personajes que con tanta gracia salpimentan la maravillosa obra de Cervantes, estos y los dos héroes de la fábula, de tal suerte solicitaron la atención de Coll y Vehí que recorriendo una á una las páginas del *Ingenioso Hidalgo*, hizo un precioso ramillete al que puso el nombre que antes he citado.

Los *Diálogos literarios* derroche de lengua castellana, y el mejor de los libros de tan sabio maestro, constituyen una empresa difícil, pero afortunada en medio del caos de antiguos errores en que ya no será lícito incurrir. La falta de nervio que roba el interés dramático queda siempre compensada por la corrección, y á veces por la gracia. Decidme: ¿cuándo esta forma socrática, se ha empleado entre nosotros con más ventaja para el conocimiento del idioma? Valdés, en su *Diálogo de la lengua*, prestó á esta señalado servicio; mas Coll y Vehí la agasajó hasta el punto de que en lo porvenir no se podrá elogiar dignamente la armonía de sus versos y la rotundidad de la prosa de un Granada, de un Fray Luis de León, sin citar las palabras del esclarecido catalán, dictadas, á no dudarlo, por la misma diosa de la persuasión. De sus demás escritos didácticos, hoy que nos solicitan á cada hora tantas novedades, podrán, los eruditos á la violeta, hacerse los desentendidos, y hasta es fácil que dentro de cincuenta años sean muy pocos los que disfruten su lectura; pero los *Diálogos literarios*, yo os fio, sin que me llameis profeta jactancioso, se leerán con cariño mientras quede un devoto que rinda culto á la lengua que con tanta solicitud cultivó mi insigne predecesor.

A esta obra deben unirse los materiales para otra ver-

daderamente monumental en la que han de tomar parte varios arquitectos; aludo á los «*Materiales que para la composición del Diccionario de la lengua castellana,*» dejó acopiados el autor de la oda *A la belleza ideal*, premiada por el Ayuntamiento de Barcelona.

El Sr. Coll y Vehi dispuso que después de su muerte se entregaran á la Academia Española catorce grandes cajas llenas de miles de papeletas sobre *tecnicismos, arcaísmos de los escritores españoles del siglo xv, sinónimos, indeclinables, expresiones y frases calificativas, juntamente con otras atributivas*, todo ello confirmado con autoridades.

Tal cúmulo de *modismos*, en la acepción general del vocablo, ha de ser provechoso á la docta Corporación y con él á la vista se podrá probar por modo evidente que si al pueblo español le llaman pródigo en refranes, por lo que atañe á *modismos*, es un *Creso* ó un *Fucar* como diría la gente madrileña.

Que semejante estudio no sea tarea baladí nos lo prueba el hecho bien patente de que en dichas frases sentimos latir el corazón del pueblo y descubrimos su fisonomía animada por el espíritu nacional.

Dos varones, de los que os sorprenderá no haya hablado, entraron también por la puerta grande de la república que Saavedra Fajardo vió en sueños; dos varones doctísimos, uno de ellos académico preeminente; D. Pablo Piferrer y D. Manuel Milá, ambos pudieran figurar aquí entre los que valen, entre los que trabajaron por esa lengua «pura como el oro y sonora como la plata» (10). Al primero de ellos, con ocasión del quincuagésimo aniversario de su muerte, le rindieron, asociados para este fin, la Universidad y el Instituto, homenaje debido á su memoria, habiendo cabido la honra de enaltecer á tan preclaro

maestro, prodigio de maravillosa intuición artística, á este su admirador, que ahora ocupa vuestra atención y que acaso comienza á enojaros con su habitual pesadez.

Corriendo de molde el discurso, que el Excmo. señor D. Joaquín Rubió y Ors compuso para acto tan solemne, no he de apropiarme aquellos bellísimos conceptos, ni he de robar á su castiza dicción, lo que con singular deleite oísteis y habéis leído después, ni tampoco he de repetir yo ahora en prosa llena de ripios, para que no se diga después con razón que primera y segunda partes fueron malas; lo que allí dije de *Los clásicos españoles*, libro en el que de industria trató, mejor dicho, arrancó el insigne Piferrer á los maestros del habla el secreto que *los levantó al inmortal seguro de la fama*.

Al otro, á D. Manuel Milá, cuya voz tantas veces resonó en este viejo hogar de las Letras catalanas, asilo del buen gusto, tiene acordado la Real Academia de la lengua, como cariñosa prueba del mayor afecto, que uno de sus individuos, y también compañero vuestro, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, pague con el más alto elogio la deuda de gratitud que la lengua contrajo há tiempo, con el autor de la *Poesía heróico-popular en España*.

Ya sabéis, pues, la causa de mi doble silencio.

«Aquí yace el filólogo D. Antonio Capmany y de Monpalau, Diputado por Cataluña en las Cortes generales y extraordinarias. Sus obras literarias y sus esfuerzos, por la independencia y gloria de la *nación* perpetuarán su memoria».

Así decía el epitafio de la tumba, que en tierra no catalana, guardaba los restos mortales del que, sea cual fuere la opinión en contra de Quintana, mereció bien de la patria, ora cuando velando por la pureza del idioma y volviendo por sus fueros rompió lanzas contra los enemigos

de éste (11); ora cuando para aficionar á los extranjeros al estudio y cultivo del mismo, escribió ese monumento (12) en el que á la perfección del arte une el señorío de la persuasión.

A los que os echan en cara el escaso saber y poco afecto á la lengua nacional, podéis responderles que en todas las obras de este escritor, cuan largas son, no hay palabra que no sea de solaz conocido en estos reinos, y que, á juicio de un gran crítico, Capmany ha sido el español que mejor conoció el Diccionario y el que con mayor fundamento pudo hacer esta hermosa afirmación: «la lengua castellana cuanto más se estudia más da que estudiar, y cuanto más se profundiza más tesoros descubre;» «tierra vastísima en la que á poco que se escarba, se encuentran fósiles de civilizaciones, no menos apreciables que los que estudian los naturalistas, para llegar al conocimiento de especies, géneros y familias que se perdieron en el polvo de los siglos (13).

De todos los escritos de Capmany los que le han granjeado más fama, son la *Filosofía de la elocuencia* y el *Teatro históricó-crítico de la elocuencia española*; pero á fuerza de haberse hecho tan popular su lectura, tal vez no es conocido y sentido debidamente todo el valor de la elocuencia que en ellos está derramada. Tuvo la habilidad de ser correcto, castizo y grande con expresión sencilla, sin que por ello tocase en las fronteras de lo vulgar, y sin que se le viera mendigando para sus imágenes el socorro de la poesía. Hablando de las *Meditaciones* de Granada, dice así: «discursos oratorios los más excelentes que de este género nos han quedado en nuestra lengua: lo atestiguo con mi propio corazón; la primera vez que yo mismo me los recitaba con el tono conveniente, no podía continuar la lectura, porque el dolor embargaba el oficio á la lengua y los ojos perdían la luz con el peso del llanto en que

iban á reventar.» «Al llegar al doloroso encuentro de Jesús y María en la subida del Redentor al Calvario, espectáculo el más lastimoso y melancólico, en que hace lloren los hombres, los ángeles y hasta los elementos, lo pinta con tal colorido *que deja la naturaleza como huérfana y desamparada, cubierta de tristeza y luto universal.*

Genio observador, Capmany de todo sacó provecho. Durante ocho años anduvo por Andalucía metiéndose en los cortijos, en las ventas, en los mesones, para sorprender en el trato familiar de aquella gente, dotada de pronta y encendida imaginación, un dicho digno de estudio y causa de singular deleite, aunque saliera de los labios de humilde arriero: oigámosle: «Un tío Machuca, anciano ordinario de Sevilla á la Corte, más curtido de los soles y fríos que los mulos de su récua, por una gran urgencia tenía que emprender su viaje el día cabalmente de la fiesta del *Corpus-Christi*. Preguntéle yo en la víspera *¿cómo era tanta impaciencia en un hombre criado en el camino?* y respondiíme: *reniego de mi oficio; vea V. qué día mañana de arrear bestias, que por permisión de Dios ni las moscas habían de volar.* ¿Qué orador, ni qué poeta podía encarecer más la santificación del día agosto del Señor? No dijo las águilas no habían de volar; esto ya era vago y afectado; no las palomas; esto olía á lugar retórico ó concepto predicable; no los gorriones; esto era común y pueril. Tampoco dijo los ríos debían parar su curso; esto era pedir milagros á la Omnipotencia, y no desearle el obsequio de las criaturas, sino el trastorno del orden establecido en la creación. ¿Pues qué dijo? estarse inmóviles las moscas, que es decir, hasta el más despreciable insecto; el viviente que menos parte parece que puede tener y tomar en la celebración de tal fiesta; aquel, en cuya acción de volar aparece menos trabajo y esfuerzo; aquel en fin, cuyo

vuelo es menos estrepitoso, cuyo movimiento y ruido, por su infimo y casi invisible objeto, es menos capaz de distraer á los hombres de la reverencia y quieta contemplación de la festividad de tan alto misterio; pues sí, áun aquel animalejo debe reposar en obsequio del Señor. En la mosca comprendió el tío Machuca todo el reino animal; tal es la imagen, que por ser como la última y más abreviada á nuestros ojos, supone ya en aquella obligación de quietud á los primeros y principales volátiles. En la quietud y descanso de la mosca comprendió este sencillo *ordinario*, por un dicho más sencillo, pero muy extraordinario, á los mismos elementos prohibiéndoles toda agitación; y en la obligación de cesar todo movimiento, parece abrazó á la naturaleza entera, que debía estar, digámoslo así, muda y baldada, menos ciega, para contemplar sosegada y silenciosamente la solemnidad del Criador sacramentado. Toda esta extensión corre la frase, cuando en aquella quietud reverencial se obliga hasta el último insecto. Yo no sé si este pensamiento es oriental ú occidental, ni si los Egipcios, Bracmanes, ó Laconios lo hubieran exprimido con más concisión, energía, grandeza y sencillez. Puede ser que yo no lo haya bien entendido; mas ¡ay de aquél que no entendiese la fuerza y sentido de este gallardo dicho aunque parezca fanfarrón! que bien puede dejarse de leer Homeros, Hesiodos, Platones, y sus entusiásticos escoliadores, y excitar las fuerzas de sus brazos en cavar la tierra ó machacar esparto, para que reposen las de su virgen y apelmazado entendimiento.»

Concluyo, señores, la prosa, que diríase el género de composición más fácil, es generalmente el más difícil, por ello la reputación acaso más envidiada es la de excelente prosista. D. Antonio Capmany y de Monpalau de tal suerte se aventajó en este linaje de composiciones, que su prosa

se ha hecho objeto de cariñoso estudio, por lo que pasará á las edades venideras como el mejor emblema del culto fervoroso que en Cataluña rindieron al idioma nacional los que, con él, han de tenerse, de hoy más, por fundadores de una dinastía de príncipes en lengua castellana.

HE DICHO.

NOTAS

(1) El amor á la buena memoria de Pi y Molist, excelente latino, merece se consigne en este lugar que la edición de las *Cartas sobre Pompei*, gallardo modelo de tipografía por sus grandes márgenes, espaciadas líneas, lindos tipos, hermoso papel, y el adorno de sus viñetas, adolece, con todo eso, de más de cien yerros de imprenta, y aunque, por ser obra póstuma, ello no ha de perjudicar á la reputación de tan benemérito literato, convendría salvar los principales á fin de que no padezca la cultura y señaladamente el amor que á las letras latinas profesaron en todo tiempo los catalanes:

| LÍNEA | DICE | DEBE DECIR |
|---------------------|---------------------------------|------------------------------------|
| XXVII antepen. | fabricando fiunt fabres | fabricando fiunt fabri ó fit faber |
| 162 (calpurnio) | porniferi horti | pomiferi... horti |
| 421. 1 ^a | valata erunt | vela erunt |
| 516 | Petronio | populo plaudente |
| 591. 16 | como las vestimentas telares | talares |
| 743 | nimis viti | vita |
| | Esgo vivamus | Ergo |
| 135. 6. (lat.) | sul pedibus | sub pedibus |

(2) Con gran pena hemos omitido hablar de la traducción que en 1768 se hizo en casa de Piferrer de *Las Aventuras de Telémaco hijo de Ulyses*, como igualmente de *Los seis libros de la Retórica eclesiástica ó de la manera de predicar*, escritos en latin por el P. Luis de Granada, vertidos al español y dados á luz de orden del obispo de Barcelona (Josef Climent) 1778; y muy singularmente de la versión castellana de la «Biblia», por Torres Amat, la mejor que tenemos, incluso la del protestante Cipriano Valera, y aún que la del mismo P. Scio.

Si de traducciones literarias fuéramos á hablar, ¿cómo omitir el nombre de Borgnes de las Casas?

(3) *Sistema musical de la lengua castellana*, escrito por D. S. de M. y de S. —Barcelona, 1832.

(4) *Rudimentos de Gramática castellana*, por disposición de Josef Climent, obispo de Barcelona, por el Dr. Salvador Puig, Barcelona, 1770.

(5) *El espejo de una alma reflejado en el lenguaje, ó sea Gramática directa y refleja*, de Monmany, debiera también añadirse á la lista anterior, no obstante la singularidad del título.

(6) *Promptuario trilingüe cath. cast. y francés*, por Joseph Broch, Clérigo y maestro de lengua francesa, 1777.

(7) *Diccionario Catalán-Castellano-Latino*, [por] Don Joaquín Esteve, y Don Joseph Belvitges/, Presbiteros, Doctores en Sagrada Teología, Ex-Catedráticos/ de Retórica y Poesía del Seminario Obispa/ de Barcelona y/ Don Antonio Yuglá y Font, Doctor en ambos Derechos/ etc., Barcelona, 1803.

(8) *Opúsculos/ gramático-satíricos/ del/ Dr. D. Antonio Puigblanch/ contra el/ Dr. D. Joaquín Villanueva/ escritos en defensa propia/ en los que/ también se tratan materias de interés común./ Londres./ En la imprenta de Guillermo Guthrie./*

(9) (a) Don Quijote de la Mancha. parte II, cap. LXXIII.

(b) Id. id. id. id. id.

(c) Id. id. id. id. LXXI.

(d) Id. id. id. id. LXXIII.

(e) Id. id. id. id. LXXIII.

(f) Id. id. id. id. L.

(g) Id. id. id. id. XXXIV.

(10) Garcés, *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*.

(11) «Comentario con glosas críticas y joco-serias sobre la nueva traducción castellana de las aventuras de Telémaco,» lo dedica á la nación Española D. A. C. M. Madrid, 1793.

(12) «Teatro histórico-crítico de la Eloquencia Española» por Antonio de Capmany.—Madrid.—Sancha.—1786.

(13) Montoro, «Discurso leído en la Academia de Buenas Letras.»—1895.

